

SIN IDEALES

Víctor Manuel Ortega Ángeles

Para algunos... y a otros

Escuché acerca del psicoanálisis por primera vez por parte de un exalumno de Psicología que había abandonado sus estudios para ser sacerdote: “Freud era un loco obsesionado con el sexo”, dijo. La segunda vez fue cuando comenté a un amigo que pensaba estudiar Psicología. Me dijo que él también, específicamente porque le interesaba el psicoanálisis. No dijimos más, pero, por tratarse de alguien muy cercano, fue relevante para mí. Posteriormente, al comenzar mis estudios en la Universidad Veracruzana, sucedió un encuentro afortunado: mi grupo tenía como titular de la experiencia educativa “Teoría del conocimiento” a la Doctora América Espinosa, comprometida auspiciante del psicoanálisis en esta Facultad.

No acostumbro, desde hace un tiempo que no puedo precisar, creer en lo que me dicen sólo por la confianza, aprecio o admiración que pueda profesar a quien me lo dice. Por tanto, aún entonces, no era el psicoanálisis un tema de mi más dedicado interés. En términos generales, lo poco que sabía de éste me atraía principalmente por los nexos que, según percibía yo entonces, guarda con otros saberes, destacadamente con la filosofía, pero persistía en mí una pregunta: ¿Por qué todo tiene que estar vinculado con el sexo? No lo cuestionaba desde una postura moralista, sino dubitativa, poco más o menos en un afán por ceñirme a la duda metódica de Descartes. De algún modo, durante casi todo el primer semestre, evadí la respuesta a esa pregunta a pesar de cualquier conversación o clase en que estuviera presente y en la que pudiera haberla hallado. Estando cerca el final del curso, fue el propio Freud, mediante su *Presentación autobiográfica*, quien me lo contestó. Cito:

En primer lugar, la sexualidad es desasida de sus vínculos demasiado estrechos con los genitales y postulada como una función corporal más abarcadora, que aspira al placer y que sólo secundariamente entra al servicio de la reproducción; en segundo lugar, se incluyen entre las mociones sexuales todas aquellas meramente tiernas y amistosas para las cuales el lenguaje usual emplea la multívoca palabra «amor».¹

No sexo, sino sexualidad. Tras mi encuentro con este postulado fundamental del corpus teórico freudiano, mis últimas vacilaciones se disiparon. En semestres posteriores, mi interés por el psicoanálisis se ha mantenido y continúa creciendo.

Ahora les comparto algunas palabras que oí de la Maestra Susana Bercovich durante el seminario “Psicoanálisis y desarrollo infantil”, las que, junto con otras que, por cuestiones de espacio y tiempo no puedo incluir, han contribuido al título de este ensayo:

- “No hay *deber ser* en el psicoanálisis; el psicoanalista no debe querer nada para el paciente”;
- “Cada quien debe encontrar su lugar en el mundo con base en su singular locura”;
- “El psicoanalista sabe que el que sabe no es él, sino el inconsciente”;

¹ Sigmund Freud, *Presentación autobiográfica* (1925 [1924]), Obras Completas, Tomo XX, Amorrortu, Buenos Aires, 1992, p. 36.

- “El psicoanálisis se posiciona de tal forma que se produzca un saber en el otro”;
- “Un análisis es una intimidad impersonal, no una indiferencia insensible, sino desinteresada”;
- “El psicoanálisis es un saber inestable y móvil”.²

Entre los motivos que se esgrimen para hacer a un lado el psicoanálisis, he encontrado como el más común el desánimo/disgusto que causa su complejidad. Me parece que hoy en día se quiere que todo sea lo más simple, fácil y breve posible porque “eso es lo ideal”. Sin pretensión de parecer ingenioso, me permito comparar al psicoanálisis con la vida: no dan garantía alguna, son de una complejidad asombrosa y su duración suele ser más conveniente cuanto más larga es.

Lo ideal tal vez sería que comenzara a hablar de conceptos psicoanalíticos desde algún importante exponente de este saber, o un desconocido, pero erudito filósofo, cuya teoría se vincule de algún modo con el psicoanálisis, mas no lo haré, porque tales conceptos deben su importancia, no al conocimiento de quienes los manejan, sino a la posibilidad de encontrarlos en cualquier sitio, hasta en los más impensados.

Vampiros es una palabra que parece ajena a este contexto, pero la usaré, porque mientras leía sobre este tema, me topé con la historia de un clan tenido en sus orígenes por sabio y, después, con el avance de la civilización, por loco. Su emblema es un espejo destrozado y ellos mismos son el fiel reflejo de lo sucedido a oráculos y chamanes. Uno de estos locos es conocido como “El devorador de nombres”.³ He aquí el motivo por el que me interesé, años antes que por la psicología, en el lenguaje.

Según “El devorador de nombres”, la humanidad se comporta de forma absurda, por decir lo menos, queriendo nombrar todo lo que hay en el mundo, cuando de hecho lo único que consigue es calcificar, anquilosar la realidad, privarla del movimiento que le es propio, atrapándola en interminables categorizaciones, queriendo someterla mediante su intento de denominar cada cosa, suceso y matiz. Lo que “El devorador de nombres” quería era devolver el Caos al mundo, acaso el mismo Caos del que escribían Heidegger y Hölderlin, entendido como naturaleza y crecimiento, pero no como evolución o sucesión cronológica, sino como el tiempo vivido o viviente:⁴ Caos que es, sencillamente, un dejar que las cosas sean. Con esto no quiero decir que se deba abandonar el lenguaje —lugar donde nos constituimos y estructura a la que nos sujetamos— para abrazar el Caos; digo que las concepciones tecno-científicas constituyen, en cierto sentido, un ceder ante la tentación de intercambiar la verdad con la objetividad suficientemente asegurada, consensuada, y según es entendida. En dicha tentación parece caer con más frecuencia en el ámbito educativo debido a la presencia de uno o varios ideales pues, aunque estos cambien con la moral de cada época, nunca se deja su sitio vacío: se mantienen y cambian desde lo imaginario.

El mayor ideal de la educación es que sea integral, que tenga armonía, que homogeneice, que añada a cada alumno *eso* que no tiene y que le hace falta para estar completo. Para lograr esta unidad y armonía, se necesita hacer uso de otro gran ideal: la objetividad, entendida ésta como conceptos generales, verdaderos y siempre válidos para todos. Durante mi formación, ambos ideales han hecho acto de presencia, y me hacen pensar en el uso perverso de la ley, mediante la que se quiere imponer una visión del mundo que sea única y verdadera, *pero si tengo el nombre no tengo la cosa*. La palabra mata a la cosa, y si existe la palabra es porque la *cosa en sí* no existe. Luego, no tenemos ni verdad ni unicidad, sólo los conceptos que de ello nos formemos,

² Susana Bercovich, *Psicoanálisis y desarrollo infantil*, Seminario dictado en la Universidad Veracruzana, Campus Poza Rica, 2010.

³ Cfr. Mark Rein-Hagen, *Vampiro: La mascarada*, La Factoría de Ideas, Madrid, 1994. Cabe aclarar que, *Vampiro: La mascarada*, no es un libro, es un juego de rol creado por la compañía White Wolf Game Studio a partir de muy diversas fuentes literarias, así como de la imaginación de su diseñador principal, Mark Rein-Hagen. [N. del E.]

⁴ Cfr. Gianni Vattimo, *Más allá del sujeto: Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1992, pp. 77-78.

como de cualquier otra palabra, porque la palabra es *no-toda*, siempre hay algo que queda fuera, que se nos escapa. Pero, a pesar de la complejidad, de la confusión, del no saber, del abismo en que se funda lo fundado, estamos condenados a hablar y a desear, porque nos formamos mediante el lenguaje y, al igual que éste, nos fundamos en un abismo, en una falta que nos es constitutiva y nos permite movernos. Estamos condenados a “no llegar nunca”, a permanecer en la incertidumbre, a vagar hablantes por este mundo parlante.

Sería ideal que lo que he dicho fuese más claro, o que tuviera más conceptos psicoanalíticos, o que tuviera muchas otras formas que en lo imaginario me satisficieran a mí o a otros, pero en mi descargo digo que me mantengo fiel al título de este escrito, porque si algo me ha dejado el psicoanálisis es otro lugar, otra forma de pensar, y si mis divagaciones aquí expuestas generan duda en quienes las escuchan, entonces puedo decir que tuve éxito, incluso si no fuera el que me proponía obtener. Y si no provoca nada, pues nada, las cosas que son siguen siendo y el mundo sigue girando.

Para terminar, no sexo: sexualidad; no ideales: anhelos; no homogeneidad: diferencia; no certezas: dudas y posibilidades; no todo: falta; no siempre: a tiempo. Con esto, creo que es momento de terminar este, más que ensayo, amalgama de palabras, ideas e intenciones y guardar silencio.